

Don Quijote en América (1905) de Tulio Febres Cordero

QUIÉN IBA A IMAGINAR que un caballero andante por tierras americanas iba a causar un enorme revuelo hace cien años. Sí. Don Tulio Febres Cordero no sospechó que su homenaje al ingenioso hidalgo de La Mancha tendría un impacto estruendoso en la adormecida Mérida de comienzos del siglo XX.

Pero, claro, si se trataba de un personaje hecho a la moda tropical y con un atuendo que seguramente causó risa o disgusto entre sus primeros lectores. Un quijote criollo, que vestía traje de turista, que en lugar de montarse en un caballo que debía llamarse Rocinante, cabalgaba una bicicleta. Que iba por las calles de un pueblo que nada tenía de parecido con La Mancha y que se llamaba Mapiche.

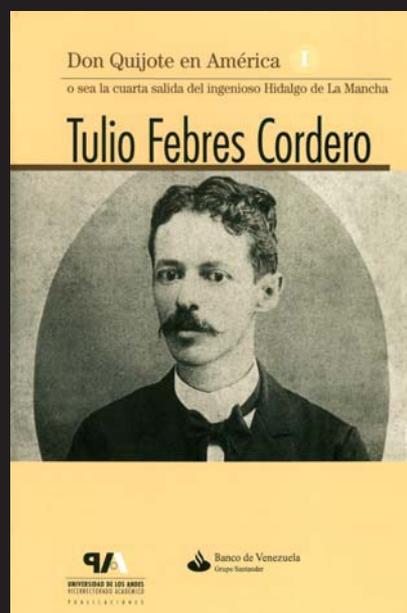
El Caballero andante tampoco se llamaba don Quijote, sino el doctor Quix. El doctor Quix de Manchester, que era el nombre más adecuado a quien iba de pueblo en pueblo predicando los adelantos del progreso y de broma en broma, pasaba por loco, desmemoriado y soñador. Este don Quijote americano, ¡perdón!, este doctor Quix de Manchester anunciaba a los cuatro vientos los adelantos tecnológicos, los nuevos inventos, entre ellos el más original, el “heliógrafo”, que permitía guardar la luz del sol para utilizarla en la noche, y las muy famosas píldoras de “fierabrasina” que entre otras virtudes tenía la de ser “ovomífuga”, es decir, que hacía poner más eficientemente a las gallinas. Así que este libro, con su humor y comicidad, nos permite un viaje de conocimiento por las tierras tropicales, con aventuras de zorros y tigres electrizados, siempre en compañía de Sancho, que tam-

bién ha trocado su nombre para hacerlo más sonoro y moderno, haciéndose llamar D’ Argamasille.

Por supuesto que este juego irónico, revestido de parodia era una manera de burlarse de la falsa utopía del progreso y del confort otorgado por los adelantos científicos. Quien se acerque al *Don Quijote en América*, que acaba de ser reeditado por el Vicerrectorado Académico de la Universidad de Los Andes, se divertirá. El prólogo de esta novela, escrito por el profesor Adelis León Guevara, es una buena puerta para acceder a sus secretos. El lector hará su viaje a unas tierras ignotas, pero en verdad, algo familiares, encubiertas con el suave humor y la fina escritura de ese caballero andante de las letras regionales como lo fue Don Tulio Febres Cordero.

Y quienes quieran saber de la polvareda que levantó el minúsculo libro en 1905, pueden leer el volumen dedicado a la valoración crítica que compiló Belis Araque.

Seguramente, muchos comenzarán esta aventura haciendo un viaje a la inversa, es decir, de retorno hacia la búsqueda del modelo original. ¡Qué tal si nos acercamos a la obra de Cervantes llevados de la mano por la imaginación y el buen gusto de fino narrador que tuvo Don Tulio Febres Cordero! 



Don Tulio vuelve a cabalgar